

rrollado increíble constancia, todo lo cual lo ha hecho colosal, terrible. El Illmo. Sr. Portugal bajó al sepulcro al iniciarse esos tormentosos tiempos. ¿Quién será su sucesor? Aquí se presenta el Illmo. Sr. D. Clemente de Jesús Munguía. Y la primera frase que se desprende de sus labios, concretados al parecer á un asunto determinado y circunscrito por circunstancias muy particulares, es como una voz profética, que consigna todo el programa de su vida: *El derecho de callar ya no existe para mí.*

El cielo lo había preparado con las dotes que exigía el cabal cumplimiento de su ardua, muy ardua misión: una inteligencia de primer orden, en la que no se sabe qué admirar más, si su prodigioso alcance, si su claridad suma, si su sagacísima previsión en la polémica, si la inagotable fecundidad, y la oportuna y abundosa claridad de expresión: un vigoroso carácter, sostenido por un gran valor civil, que le daba el ascendiente sobre sí mismo, para no gastar su energía en cosas ruines y de pequeña monta; para dar á sus contiendas el tono que la moral, al carácter del Prelado, y la muy noble causa de la iglesia, demandaban muy justamente; para mantenerse firme en su puesto providencial; y una rectitud y pureza de costumbres en que se embotara el agudo aguijón de la maledicencia y la calumnia. Sus estudios, con que se preparaba á la gran lucha, fueron la dia-

léctica, la historia, la apología eclesiástica, la más vasta ciencia de la Jurisprudencia, y grandes estudios religiosos, hechos no de una manera superficial, sino expuestos en sus pocos volúmenes en folio.

Muy pronto, hermanos míos, lo vemos, ya á la cabeza del Episcopado Mexicano, abrir la gran defensa de los derechos de Dios y de su Iglesia. Todos los ataques tienen su enérgico correctivo. Y en la avasalladora palabra del Prelado encontrarán un muro de granito las prescripciones injustas de las leyes, los sofismas de los tribunos, la destemplada vocería de la prensa. Fiel á una misión, tendrá siempre y en toda ocasión, la libertad y la energía para decir la verdad, toda la verdad, sean cuales fueren el poder y las amenazas de sus adversarios, y los peligros que corra la persona del gran Obispo. Ningún género de temor, ni el deseo de darse algún reposo, ó de salvar alguna personal conveniencia, debilitaron en lo más mínimo el vigor de la defensa. Ni el descanso ni la tregua tuvieron entrada en la vida de este atleta del cristianismo. En su existencia está sintetizada la historia de esa azarosa época de la Iglesia y del Estado mexicanos. Quedan legados á la posteridad, ya sueltos, ya coleccionados, los escritos polémicos de este vigoroso defensor de la Iglesia. No es opinión mía, sino la de hombres pensadores, que esa defensa es tan completa en el fondo y en



la forma, que descuella aun entre las que se han hecho en las Iglesias más renombradas, en circunstancias análogas.

Nuestro gran Obispo espiró en la Ciudad Eterna, en los brazos del amigo de su infancia, el fiel compañero de toda su existencia, del Illmo. Sr. D. Pelagio A. de Labastida y Dávalos.

¡Se agotó, hermanos míos, la apología en el Illmo. Sr. Munguía, con sus escritos y su palabra, ora dirigidos á los fieles, ora á los adversarios? No, hermanos míos. El tenía otra palabra, que dirigía no á los hombres, sino especialmente á Dios; otras voces de mayor valía que las de la inteligencia, que articulan los labios y consigna la pluma, las voces del dolor y del sacrificio, que siempre escucha el corazón de Dios. ¡Quién podrá expresar las tristezas, las melancolías, las amarguras del sensible Prelado, en sus repetidos y prolongados destierros? ¡Quién podrá medir hasta qué punto subió su acervidad con la imaginación ardiente del gran Obispo, con la renovación de las noticias de los sufrimientos de su Iglesia, y con la durísima prueba de los desengaños? ¡Gran Pontífice, gloria de nuestra patria, honra de nuestras letras, ornamento del Episcopado Mexicano! No os diré yo con el más elocuente de los oradores del siglo, que toda grandeza debe ser coronada con un gran infortunio, sino que una sola defensa os resta que hacer de vuestra Iglesia, delante de

Dios, vuestra muerte en el destierro, *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum eius.*

¡La aceptó Dios? Responden que sí las multiplicaciones de nuestras diócesis, el incremento notable del sacerdocio, la exuberante vida que muestran nuestras iglesias; las asambleas sinodales que sin la menor contradicción se hacen en nuestro extenso territorio. El sacrificio y el martirio de los primeros cristianos, hizo tan fecundo el suelo del Imperio Romano, que obligó á exclamar á Tertuliano: ¡éramos de ayer y ya lo llenamos todo! Con igual razón podemos nosotros, á la vista del sacrificio de nuestro grande Obispo espirando fuera de la patria, comiendo con lágrimas el amargo pan del destierro, y en vista del desarrollo de las iglesias, anunciar la santa fecundidad de las lágrimas de nuestro grande obispo, y exclamar con toda convicción: ¡Es preciosa, es de mucho valor en el trono de las misericordias divinas, la muerte de un santo, *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum eius!*

No podrán los enemigos preguntarnos: ¡dónde están vuestros dioses? ¡dónde su protección, dónde la fuerza de su brazo, que no os defienden y colocan en vuestra mano la palma del triunfo? No, porque por caminos que el Señor sabe recorrer, ha sabido dar un gran triunfo á la Iglesia de México, y tal, que no lo hubiera ideado la inteligencia humana. Triunfo patente! ¡Insigne Prelado



de Sonora, que el amor á esta Iglesia de Michoacán os ha hecho tomar parte en los trabajos conciliares, dad testimonio irrecusable de la verdad del triunfo de la Iglesia Mexicana; patentizadnos que el rebaño que apacentais con tanta abnegación y tanto acierto, es hijo de aquellas lágrimas, de aquellos dolores, de aquel consumado sacrificio!

El llamamiento que hace la Iglesia, hermanos míos, á vuestra piedad; uno de los más consoladores dogmas que profesa, y la gratitud de vuestro corazón, son otros tantos títulos que os obligan á multiplicar los santos sufragios por el eterno descanso de nuestros ilustres bienhechores. Depositadlos en manos del Illmo. y Rmo. Metropolitano, que avanza en estos momentos á ofrecer por ellos la víctima de infinito valor. Que nuestras plegarias y las suyas formen mística columna, que apoyándose en el ara santa, se eleve más allá de las nubes, y lleve al trono de las eternas misericordias, descanso é incremento de gloria á nuestros grandes y muy amados bienhechores!

*Morelia, 23 de Marzo de 1897.*

---



